

AUGUSTO MONTERROSO,
CENTENARIO (Y OTRAS FICCIONES)

Francisca Noguerol,
Daniel Escandell
y Sheila Pastor (eds.)

KASSEL · EDITION REICHENBERGER · 2022

ÍNDICE

Prólogo. Razones para celebrar a Monterroso	1
<i>Francisca Noguerol</i> (Universidad de Salamanca)	

I. ARTÍCULOS

Tito y las influencias: ¿Qué queda por hacer?	11
<i>Wilfrido H. Corral</i> (Academia Ecuatoriana de la Lengua. Ecuador)	
Augusto Monterroso y Nicolás Gómez Dávila: dos lectores disparos de las <i>Noches áticas</i> . Antigua miscelánea y moderno ensayo hispanoamericano	31
<i>Francisco García Jurado</i> (Universidad Complutense de Madrid. España)	
Al vuelo de un legado literario: Eduardo Torres y Augusto Monterroso	58
<i>Gloria González de Zenteno</i> (Middlebury College. Estados Unidos)	
<i>Las efímeras pompas de jabón</i> : el movimiento y el diálogo con los presocráticos en Augusto Monterroso y Hugo Hiriart	68
<i>Anne Karine Kleveland</i> (Norwegian University of Science and Technology-NTNU. Noruega).	
Augusto Monterroso y Sergio Pitol, amistad y complicidad literaria	90
<i>Alejandro Lámbarry</i> (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México)	
Augusto Monterroso: una exploración literaria de la cultura moderna	104
<i>Dante Liano</i> (Università Cattolica del Sacro Cuore. Italia)	

Ensayo de un juego monterrosiano	117
<i>José Luis Martínez Morales</i> (Universidad Veracruzana. México)	
La conjetura Monterroso: especificidad de un maestro en el arte de aprender a escribir	133
<i>Kevin Perromat Agustín</i> (Université de Picardie Jules Verne. Francia)	
Monterroso y el <i>western</i>	147
<i>Javier Perucho</i> (Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México)	
La éfrasis en la obra de Monterroso: de las vacas voladoras de Chagall a los animales americanos de Oski	158
<i>An Van Hecke</i> (KU Leuven. Bélgica)	
¿Cómo es ser una mosca? La ética y la escala en la literatura de Augusto Monterroso	173
<i>Joseph Wager</i> (Stanford University. Estados Unidos)	

II. SEMBLANZAS

Recuerdos para el recuerdo de Augusto Monterroso	191
<i>Marco Antonio Campos</i> (México)	
Tito Monterroso: un camaleón	197
<i>Margo Glantz</i> (México)	
Mi maestro Augusto Monterroso	202
<i>Bárbara Jacobs</i> (México)	
Una dedicatoria para A. M.	207
<i>Hipólito Navarro</i> (España)	
Estafeta. Monterroso: cien años y uno más	209
<i>Víctor Ramos</i> (Honduras)	

III. MINIFICCIÓN

El águila de Cuauhtémoc	215
<i>Gaby Aguilera</i> (Chile)	
La fábula que faltaba	216
<i>Esther Andradi</i> (Argentina-Alemania)	
Moda y pueblo	217
<i>Pía Barros</i> (Chile)	

Arenga del perro sin dueño	218
<i>Raúl Brasca</i> (Argentina)	
Dinosaurio	219
<i>Guillermo Bustamante</i> (Colombia)	
El hombre blanco	220
<i>Ginés S. Cutillas</i> (España)	
La memoria del rayo	221
<i>Esteban Dublín</i> (Colombia)	
Monterroseana II	222
<i>Lilian Elphick</i> (Chile)	
El chacal	223
<i>Juan Armando Epple</i> (Chile-Estados Unidos)	
La venganza de la oveja negra	224
<i>Lorena Escudero</i> (España-Reino Unido)	
Cotorra ironía	225
<i>Cecilia Eudave</i> (México)	
Fábula monterrosina	226
<i>Marcial Fernández</i> (México)	
Carta a Augusto Monterroso	227
<i>Dina Grijalva</i> (México)	
El empalado	228
<i>Rafael Ángel Herra</i> (Costa Rica-Alemania)	
La ley transformer	229
<i>Fernando Iwasaki</i> (Perú-España)	
Los buscadores de quimeras	230
<i>Gabriel Jiménez Emán</i> (Venezuela)	
Secretos	231
<i>Ary Malaver</i> (Perú-Estados Unidos)	
Tres minicuentos en memoria de Tito Monterroso	232
<i>José María Merino</i> (España)	
Microbiografías de mis personajes favoritos	233
<i>Agustín Monsreal</i> (México)	

La evolución de las especies	235
<i>Diego Muñoz Valenzuela</i> (Chile)	
After Tito	236
<i>Andrés Neuman</i> (Argentina-España)	
Augusto Monterroso	237
<i>Julia Otxoa</i> (España)	
El medio	238
<i>Gemma Pellicer</i> (España)	
Abducidos (fragmentos de un diario)	239
<i>Irene Reyes Noguerol</i> (España)	
El laberinto del saurio	240
<i>David Roas</i> (España)	
Fecundidad	241
<i>Nana Rodríguez</i> (Colombia)	
La duda	242
<i>Fernando Sánchez Clelo</i> (México)	
El tamaño importa	243
<i>Ana María Shua</i> (Argentina)	
Oreja	244
<i>Ricardo Sumalavia</i> (Perú)	
El origen	245
<i>Félix Terrones</i> (Perú-Suiza)	
El dinosaurio y el insecto	246
<i>Áliex Trujillo</i> (Colombia)	
Dinosaurio	247
<i>Luisa Valenzuela</i> (Argentina)	
La oveja negra	248
<i>Rony Vásquez Guevara</i> (Perú)	
Bitácora de trabajo	249
<i>Laura Elisa Vizcaíno</i> (México)	

RAZONES PARA CELEBRAR A MONTERROSO

FRANCISCA NOGUEROL
Universidad de Salamanca

Son muchas las razones para celebrar a Augusto “Tito” Monterroso en cualquier momento y lugar. A un año de aquel en el que se fijó tradicionalmente su nacimiento —1921 (aunque por Víctor Manuel Ramos hoy sabemos que abrió los ojos un 21 de diciembre de 1920)— y tras una serie de encuentros y títulos que nos han invitado a recuperar su figura para festejar la fecha —ahí están la antología de microrrelatos *Tributo a Monterroso* o los dossieres publicados sobre su obra por las revistas *Quimera*, *Letras Libres* o *Casa de las Américas*—, hoy ven la luz estas páginas, preparadas durante la pandemia de COVID-19 y ralentizadas por problemas editoriales sin cuento pero que, a pesar de las dificultades en su gestación, siguen albergando la llama que las iluminó desde el primer momento: dar cuenta del fervor que le profesamos algunos lectores apasionados, por lo que consideramos oportuno erigirle nuestro particular “monumenTito” para reiterar la vigencia de su obra.

Augusto Monterroso, centenario (y otras ficciones) pretende seguir desde su título la estela irónica que llevó al autor a elegir para sus primeros volúmenes los nombres de *Obras completas (y otros cuentos)* y *La oveja negra y demás fábulas*. Y es que la tarea de ahondar en su escritura se revela infinita; por ello, dentro de cien años “Tito todavía seguirá aquí”, como demiurgo de una poética hostil a los puntos finales y cercana a la icónica sentencia de Georg Christoph Lichtenberg: “Darle el último toque a una obra, es decir, quemarla”. Y si su centenario ya es una ficción por falsear la verdadera fecha de su nacimiento, nada mejor que recuperar este espíritu un año en que no correspondería recordar tal efeméride por tardío, pero perfecto para seguir *celebrando* —en el sentido etimológico de “convocar en concurrencia numerosa”— su obra.

Comienzo este prólogo, pues, destacando los motivos por los que Monterroso se descubre como imprescindible, y que resumo en los conceptos de *magisterio estético*, *actualidad*, *conexión con los lectores*, *renovación de los géneros literarios*, *exigencia creativa*, *manejo de modos*

oblicuos de expresión, capacidad de autoderrisión, excentricidad, anti-solemnidad y defensa de una literatura contraria a las pasiones tristes.

En principio, el interés que despierta en nuestros días viene dado por la exposición de un pensamiento ajeno a los binarismos y en el que ética y estética se dan la mano; leerlo, sin duda, transforma. Este fue uno de los grandes motivos que me llevó a elegirlo, hace ya la friolera de treinta y tres años, como motivo de mi tesis doctoral, consciente de que sus enseñanzas —siempre amables y acompañadas de una sonrisa, nunca maniqueas ni enfurruñadas— lo perpetuarían en mi mesilla de noche: incluso si entonces era considerado por cierta engolada *intelligentsia* como un autor *ratero* —o lo que es lo mismo, para pasar el rato— debido a la gozosa anarquía de que hacía gala su escritura y a la escasez de su producción literaria (comentarios todos que oí, desgraciadamente, cuando desvelaba el tema de mi investigación). A pesar de ello, triunfó la decisión de escoger a un autor que me haría disfrutar hasta extremos inimaginables pergeñando un trabajo académico: algo que puede parecer una paradoja, pero que en absoluto lo es cuando escoges la “pareja de baile” adecuada.¹

La vigencia de su creación se aprecia, por otra parte, en cómo atendió a la circunstancia de su época, convirtiendo alguno de sus títulos en modélicos alegatos contra la opresión, hoy estudiados con interés desde el punto de vista de los estudios decoloniales. Es el caso de relatos antiimperialistas como “Mr. Taylor” o “El eclipse” en *Obras completas...*, los ensayos “Dejar de ser mono” y “La exportación de cerebros” en *Movimiento perpetuo*, o su reflejo en *La letra e* de la humillación que podía sufrir un intelectual latinoamericano al retratarse a sí mismo en los despachos de editoriales europeas como el “animal americano de Oski”.

Pero, además, fue capaz de denunciar como nadie la “insondable tontería humana”, resultando paradigmático en este sentido *La oveja negra...* y, en él, fábulas sobre el desacuerdo con la propia naturaleza como “La Mosca que soñaba que era un Águila”, “La Rana que quería ser una Rana auténtica” o “El Perro que deseaba ser un ser humano”. Y ¿qué decir de la adoxografía, ese arte de elogiar de modo erudito realidades nimias, popularizado por el escéptico y antidogmático Luciano de Samósata en su *Elogio de la mosca*? Estos insectos, bien lo sabemos, revolotean incansables sobre las páginas de *Movimiento perpetuo*, donde

1 Hoy se cierra el círculo y quiero pensar que, gracias a esta pasión, me he convertido yo misma en una crítica excéntrica, especializada en categorías raras como mini-ficción, híbridos genéricos, humor, silencio y “poéticas del tajo” contemporáneas.

aprendemos que “solo hay tres temas: el amor, la muerte y las moscas” (1981: 11), mientras el comentario a “De animales y hombres” viene precedido de la siguiente introducción: “El tulipán y la mariposa/ aparecen con abrigos más alegres que el mío;/ vístame yo lo mejor que quiera,/ las moscas, los gusanos y las flores me seguirán/ excediendo” (Isaac Watts: *Cantos divinos para niños*)” (*Lo demás es silencio...*: 150). Gracias a este tipo de frases, cerramos los libros de Tito con una sonrisa conmisericordiosa hacia nuestra condición, tan cargada de soberbia como frágil ante lo que nos rodea.

En este sentido, resulta significativo lo que exigía a sus alumnos como profesor de escritura creativa: en el taller literario la primera consigna era leer y, en último lugar, escribir, lo que da idea de su respeto a la literatura realizada por otros. Con ello tuvieron que ver, sin duda, sus lecturas de todo tipo y su identidad hondureño-guatemalteca-mexicana, resultado de viajes y exilios que le permitieron apropiarse literariamente de los más variados territorios, haciendo verdad la consigna de que la suya fue la tradición de “Extremo Occidente” (así lo corrobora, por otra parte, *Vida con mi amigo*, el delicioso texto firmado por Bárbara Jacobs que da cuenta de los viajes de la pareja en la madurez del escritor).

A ello contribuyó, asimismo, su formación autodidacta, que tantas veces recalcó y que le permitió burlarse de los rigores de la academia. Él, que conoció de primera mano la noción de fracaso a través de la figura de su padre —un intelectual con tan mala suerte en sus empresas como pasión por las letras— practicó sin empacho los más variados oficios, combinando la gestión cultural con la docencia en talleres, las labores de corrección y la creación literaria. De estas diferentes vertientes del saber extrajo algo único —el respeto a la palabra exacta—, así como la capacidad para cazar “mariposas literarias” tan extrañas como valiosas: dan fe de ello los autores antologados en *Pájaros de Hispanoamérica*, que nos permiten realizar un extraordinario recorrido del canon “a contrapié”.

Su reconocida erudición, no obstante, no lo alejó de los lectores, con los que sigue estableciendo conexiones que traspasan fronteras generacionales y de formación. Un buen ejemplo de ello lo ofrece *La oveja negra...*, fabulario que triunfa en clases de educación secundaria o de aprendizaje del español por la claridad de su lenguaje —no en vano, ha sido traducido al latín con enorme fortuna— pero que, igualmente, ocupa los programas universitarios como paradigma del pensamiento escéptico. Las numerosas capas interpretativas de los textos